

Desde el umbral

“¿Hacia una literatura racionada?”

V. M. Ortega

El siglo presente ha traído con él aumentos en casi todos los niveles de creación del intelecto humano. Un incremento constante, a la vez que atemorizante, de la población mundial, ha presionado al hombre a producir con mayor eficacia aquellos medios que le permiten subsistir como raza. Del mismo modo, y en un plano más personal, se ha visto forzado a prever su futuro en términos educacionales, a tratar de asegurarse para sí mismo un modo de vida cónsono con los adelantos de la humanidad en general. Como consecuencia de esta situación de competencia instruccional, el individuo se ve obligado a especializarse; a salirse de lo general y cotidiano para así poder mantener un plano de vista relativamente normal y adecuado a sus crecientes necesidades. El progreso tecnológico y científico, además de forzar este tren competitivo individual, también ha causado un flujo de información tan monumental que sería prácticamente imposible que un solo hombre, por muy genial que fuese, lo pudiese depositar y clasificar en su cerebro. El antiguo sabio se ha visto suplantado por casi increíbles bancos de datos “computarizados”, por bibliotecas con millones de volúmenes y por archivos interminables de información microfilmada y clasificada al alcance de la mano. Por ende, hoy en día es más importante saber buscar información que saber por el saber mismo.

Este auge de productividad y crecimiento se ha manifestado del mismo modo en la literatura. Baste con decir que solamente durante las últimas décadas del siglo pasado y la primera de este se han impreso más obras literarias y filosóficas que en toda nuestra historia previa a la mitad del siglo veinte. En vista de tal aumento, el hombre contemporáneo, ávido de alimentar su espíritu con lo mejor de su creación, y abrumado por su imposibilidad en alcanzar un conocimiento siquiera general; particularmente de la filosofía y literatura universal en su estado actual, se siente incompleto intelectualmente. En literatura, especialmente, el lector moderno no sólo se siente limitado sino que también forzado a especializarse, a seleccionar lo que puede o debe

leer para no perderse en un mundo infinito de papel y de ideas. Esto, naturalmente, ha traído como consecuencia el lamentable marginar de lo que llamaríamos los escritores menores, del escritor medianamente bueno que en otros tiempos hubiese alcanzado siquiera algún reconocimiento tácito a sus talentos. De hecho, la sociedad cultural actual tiene que limitarse a aceptar sólo lo excelente, lo genial, aunque en algunas instancias lo genial no sea tanto en agudeza literaria como en alardes simbólicos y redescubrimientos enmascarados. Sin embargo, nunca como ahora las letras habían conocido tantos autores con tan grandes talentos y con tan variado fervor creativo.

Es evidente pues que el factor evolutivo de nuestro progreso nos obliga a ser selectivos, muy selectivos. A más población y mejor educación para más seres humanos, más y mejor talento en desarrollo, más y mejor creación. Y lamentablemente, más y más selección. Mayores limitaciones para aceptar lo solamente bueno. Es más, los programas de estudio de las escuelas secundarias y de las universidades, tendrán que ser revisados constantemente, eliminando más y más, generalizando y seleccionando más aún. ¿Qué poetas de nuestro pasado reciente han de leerse y estudiarse? ¿Qué novelistas han de representar sus tiempos respectivos, sus lenguas, sus países?... La tarea que nos espera en este sentido es ciertamente vasta, y a menos que el hombre de hoy descubra métodos radicales de asimilación informativa, éste se verá forzado a ignorar gran parte de la creatividad de su presente, y hasta de su mismo pasado.

Barquisimeto, 2006